

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La hora de la decisión

El relato de la amistad que unía a David y Jonatán es uno de los más emocionantes de la Palabra de Dios. No creo que exista, en toda la literatura universal, otro ejemplo tan conmovedor de una amistad pura, noble y exenta de todo egoísmo. No obstante, sin que haya habido entre ellos la menor disputa, sus relaciones se deterioraron gradualmente y sus caminos divergieron. Pero aunque esto sea frecuente entre los hombres, aquí se trata de un relato inspirado y no de una bella página de literatura, y Dios quiere enseñarnos una lección provechosa.

El amor de Jonatán hacia David es una imagen del apego del creyente a Cristo, el cual puede debilitarse peligrosamente al punto de alejarlo completamente del Señor. Sin duda, es preferible ocuparnos del amor de Cristo hacia nosotros; pero nuestro amor por el Salvador también es una realidad de suma importancia. Evidentemente, como alguien lo dijo, nuestro amor por él, frente a su amor por nosotros, no es más que la débil luz de una vela ante el resplandor del sol; incluso fue él mismo quien la encendió. Mas, sin pretender apagarla, el esplendor de su amor la eclipsa enteramente. Sin embargo, él valora grandemente nuestro afecto y es sensible a cualquier declive de nuestro amor. Es por eso que la historia de Jonatán está llena de instrucción para nosotros.

Busquemos la verdadera razón que motivó a Jonatán a abandonar a David, después de haberlo amado y admirado tanto al principio. Examinemos más de cerca la primera y la última entrevista de estos dos jóvenes (1 Samuel 18 y 20).

En el capítulo 17, David acababa de alcanzar una victoria rápida sobre el gigante Goliat. Después de cuarenta días de angustia, humillación y tensión, durante los cuales el filisteo de más de tres metros de altura se presentaba mañana y tarde en la línea de batalla (v. 16), llegó esta explosión de gozo y gritos de victoria por la caída del filisteo (v. 52). Pero cuando el glorioso vencedor apareció ante Saúl y Jonatán, asistimos a una escena más íntima. El hijo del rey contempló con admiración al joven pastor que llevaba los trofeos de su victoria: la cabeza y las armas de Goliat. Fue atraído por la persona y la belleza moral de David más aún que por su triunfo. “El alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo” (18:1).

Los celos juegan un papel inmenso en todas las relaciones humanas; y cuanto más cerca estén los hombres a la fuente del poder, más se hacen sentir las influencias y los estragos de los celos. Pero aquí el hijo del rey, quien poco antes, por la fe, había logrado una gran victoria sobre los filisteos (capítulo 14), no manifestó ningún sentimiento de envidia o amargura viéndose bruscamente superado en la admiración del pueblo. Por el contrario, expresó su reconocimiento despojándose de lo que poseía y ofreciéndolo en homenaje al vencedor: su manto, sus ropas, su espada, su arco y su talabarte. ¡Extraño espectáculo! El simple pastor, ya ungido secretamente como rey por Samuel (16:13), fue vestido con todas las insignias reales.

Jonatán es aquí una hermosa imagen del creyente quien, al comprender la grandeza de la victoria del Señor Jesús sobre el poder de Satanás en la cruz, se pega a la persona del Salvador. Lazos íntimos, afecto y comunión profunda nacen de la contemplación de Sus variadas glorias, de Sus perfecciones infinitas. ¡Cuánto nos gustaría ver a muchos jóvenes cristianos amar al Señor con todo su corazón (Hechos 11:23), desde su conversión, con el mismo entusiasmo y ardor que Jonatán, cuya alma se ligó a la de David! ¿Quién se atrevería a poner en duda la sinceridad y profundidad de este amor recíproco? Fue un bálsamo para David en medio de sus aflicciones. Más tarde, cuando supo la muerte de Jonatán en la montaña de Gilboa, pronunció una endecha desgarradora: “Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán, que me fuiste muy dulce. Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres” (2 Samuel 1:26).

Sin embargo, este mismo Jonatán, cuyo profundo amor es innegable, no siguió a David hasta el fin y fue llevado a la ruina con Saúl su padre. Una cosa le faltaba; su historia nos demuestra que para honrar a Cristo hasta el fin de nuestra carrera, no es suficiente un verdadero y sincero amor hacia Su persona. Constatación turbadora que debe hacernos reflexionar en la solemne lección dada por Dios a través de la vida de Jonatán. Nos gustaría mucho que su historia se terminara en el episodio de 1 Samuel 18, pero para nuestra instrucción, Dios no nos revela solamente los primeros, sino también los últimos hechos de sus siervos (2 Crónicas 25:26; 26:22).

La primera parte de la historia de Jonatán es un ejemplo notorio; la última, que comienza en el capítulo 20, es profundamente triste. En los capítulos intermedios (18 y 19)

vemos que trató de intervenir varias veces ante su padre a favor de su amigo. Cuando David exclamó: “¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi maldad, o cuál mi pecado contra tu padre, para que busque mi vida?... Apenas hay un paso entre mí y la muerte” (20:1-3), Jonatán, influenciado por el amor natural hacia su padre, no se alarmó tanto; sólo prometió sondear a Saúl e informar a David sobre sus intenciones (v. 12). Parecía contar con la posibilidad de un repentino cambio de actitud en su padre. No había comprendido completamente la muerte del viejo hombre. En el curso de la cena de la luna nueva, Saúl preguntó: “¿Por qué no ha venido a comer el hijo de Isaí hoy ni ayer?” (v. 27). Cuando alimentaba pensamientos de odio y muerte contra su yerno, lo llamaba despectivamente “el hijo de Isaí”, que hace recordar su origen humilde (20:27, 30 y 31; 22:7 y 13).

Cuando experimentaba un arrepentimiento pasajero, lo llamaba “hijo mío David” (24:16; 26:17, 21, 25). Jonatán respondió tranquilamente a su pregunta, pero el rey, incapaz de contenerse más tiempo, injurió a su hijo y a su propia esposa: “Hijo de la perversa y rebelde... has elegido al hijo de Isaí para confusión tuya” (v. 30). Y cuando Jonatán tuvo el coraje de tomar abiertamente partido por David: “¿Por qué morirá? ¿Qué ha hecho?” (v. 32), Saúl le arrojó su lanza para herirlo. La Palabra agrega que Jonatán se levantó de la mesa “con exaltada ira... porque tenía dolor a causa de David, porque su padre le había afrentado” (v. 34). ¡Jonatán nunca había sido tan grande y noble como en ese momento patético cuando tomó la defensa de David despreciado! No mencionó la injuria hecha a él mismo y a su madre, sino el ultraje hecho a David. ¡Qué lección para nosotros quienes a menudo estamos más dispuestos a reivindicar nuestros derechos que los del Señor, y nos ofen-

demos profundamente por la menor injuria personal, mientras soportamos que pisoteen el nombre y los derechos del Señor! Esta ira era según Dios, en presencia del endurecimiento de su padre (comparar con la de Moisés en Éxodo 11:8 y la del Señor en Marcos 3:5).

Jonatán perdió sus últimas ilusiones. Al levantarse de la mesa se opuso abiertamente a su padre. Quien lea esta escena por primera vez podría preguntarse: ¿Qué sucederá? ¿Perseguirá Saúl a su hijo como a David? ¿Se unirá al fugitivo David, estimando el vituperio de David como un tesoro más grande que las riquezas de la corte? Era realmente un momento crucial en la vida de este joven; debía tomar una decisión. De su actitud dependería el curso de su vida posterior.

Jonatán salió hacia David en el campo. En ese momento supremo, los dos amigos eran conscientes de que esa entrevista tal vez sería la última. A partir de entonces David viviría un tiempo como desterrado, proscrito y exiliado. Al postrarse tres veces rostro en tierra ante el Dios invisible, mostró que se sometía enteramente a los caminos misteriosos de Dios para con él. En nuestro espíritu surge uno más grande que él, Jesús, el verdadero David, quien en el huerto de Getsemaní, postrado sobre su rostro y diciendo: “Hágase tu voluntad”, oró tres veces repitiendo las mismas palabras. Cuando David, débil imagen de Cristo, iba a comenzar su camino de sufrimientos, sintió la amargura del abandono y de la soledad, con el presentimiento de la angustia que le esperaba: “Lloraron el uno con el otro; y David lloró más” (v. 41). No tememos equivocarnos al suponer que el motivo de este dolor intenso residía en el hecho de que debía seguir ese camino de rechazo solo, sin su amigo Jonatán.

Para Jonatán, **la hora de la decisión se convirtió en la hora de la separación**. Qué decepción cuando lo escuchamos decir a David: “Vete en paz, porque ambos hemos jurado... Y él se levantó y se fue; y Jonatán entró en la ciudad” (v. 42). ¿Era éste el mismo Jonatán que se había despojado de sus ropas para vestir a su amigo y lo había defendido ante su padre al precio de su vida? Aquí, la entrega de que era capaz alcanzó su límite extremo. No pudo, lo que hubiera sido un privilegio sin igual, compartir sus sufrimientos y su rechazo. Una cosa le faltaba: no estaba listo para dejar padre, familia o casa, a fin de asociarse a un David despreciado. Sin duda, su posición en la corte y su respeto por su padre hacían difícil esa decisión —y debemos cuidarnos de juzgarlo a la ligera—, pero es evidente que una fe más real y profunda lo hubiera hecho obrar diferente.

“Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam” (22:1). Allí Dios le envió cuatrocientos compañeros que estaban deseosos de compartir su rechazo. Podemos suponer que David, desde su lugar fuerte, mirara a menudo hacia los que venían a buscar refugio cerca de él, esperando que tal vez Jonatán estuviera entre ellos. ¡Cuánto lo entristeció su ausencia! Sin duda, Jonatán no lo olvidó completamente; incluso conocía su escondite en el desierto de Zif. Desafiando la ira de su padre, vino a decirle: “No temas, pues no te hallará la mano de Saúl mi padre, y tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti” (23:17). Esta afirmación era verdaderamente conforme al pensamiento de Dios... si Jonatán se hubiera asociado a David despreciado. Pero aquí también “David se quedó en Hores, y Jonatán se volvió a su casa” (23:18) ¡Pobre Jonatán, en vez de ser el segundo después de David en el trono, fue el primero en el terrible juicio que Dios desató sobre su padre! (31:2).

Queridos lectores, qué solemne advertencia nos hace el fin de la historia de Jonatán. Como todos lo somos con frecuencia, él fue puesto ante una elección, y a pesar de su verdadero afecto hacia David, tomó una decisión equivocada. ¡Cuántas veces una decisión importante (elección de la esposa, del esposo, de una carrera, etc.) puede modificar totalmente el curso de nuestra vida! Muchos problemas pueden presentarse, humanamente casi sin solución, pero ¿estamos dispuestos a seguir a Cristo cueste lo que cueste? Hemos conocido a muchos jóvenes que, después de haber manifestado un amor real por el Salvador, se han vuelto hacia el mundo, para no sufrir el oprobio de Cristo aquí en la tierra.

¡Cuántos padres cristianos piensan con dolor en sus hijos quienes, a la hora de la decisión, han vuelto resueltamente la espalda a Cristo y se han alejado del lugar de la bendición! Para los que tienen tendencia a deslizarse hacia el mundo, recordamos con amor las solemnes palabras del Señor a sus discípulos: “¿Queréis acaso iros también vosotros?” (Juan 6:67). Y el profeta Jeremías hizo este llamado conmovedor: “Vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo... no guardaré para siempre el enojo. Reconoce, pues, tu maldad” (3:12).

J. Khm

¿DÓNDE ESTARÁS EN LA ETERNIDAD?

- 1 *¿Dónde estarás en la eternidad?*
¿Nunca has sufrido tal ansiedad?
¿En qué sentido has de contestar?
¿Dónde estarás en la eternidad?

Coro

¡Eternidad! ¡Eternidad!
¿Dónde estarás en la eternidad?

- 2 *Unos se acogen al Salvador,*
Ya desechando su viejo error;
Ellos con Cristo lugar tendrán,
Hacia la gloria los suyos van.
- 3 *Otros, siguiendo su voluntad,*
Desconociendo su ruindad
Pisan la senda de rebelión
Que los envuelve con perdición.
- 4 *Tu indecisión puede ser fatal,*
Piensa que el alma es inmortal;
Dios quiere darte eternal salud
Y de su gracia la plenitud.

Himnos y Cánticos, Nº 247

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).